



El Espíritu Santo

como amor-don

Francesco Lambiasi



SAL TERRAE

FRANCESCO LAMBIASI

El Espíritu Santo como amor-don

SAL TERRAE

2

Título del original:
SPIRITO SANTO
COME AMORE-DONO

© Edizioni San Paolo, s.r.l.
Cinisello Balsamo (MI)
www.edizionisanpaolo.it

Traducción:

José Pérez Escobar

© Editorial Sal Terrae, 2014
Grupo de Comunicación Loyola
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria) – España
Tfno.: +34 942 369 198 / Fax: +34 942 369 201
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Imprimatur:

Mons. Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
24-02-2014

Diseño de cubierta:

María José Casanova

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida, total o parcialmente,
por cualquier medio o procedimiento técnico
sin permiso expreso del editor.

Edición Digital

ISBN: 978-84-293-2169-2

Introducción

Creo en el Espíritu Santo. El edificio entero de la fe cristiana depende de la confesión de esta verdad. No podemos creer en Dios Padre, ni en Jesús como Mesías, Hijo de Dios y salvador del mundo, ni podemos, en último término, creer en la Iglesia, en los sacramentos o en la vida eterna sin creer, al mismo tiempo y con la misma fuerza, en el Espíritu Santo.

¿Quién es este Espíritu Santo, que pertenece al contenido mismo de la fe en Jesucristo, para poder acreditarse como fe auténtica e integralmente cristiana?

Para dar una primera respuesta, probemos a preguntarnos: ¿qué sería Dios sin el Espíritu Santo? La pregunta no es impertinente, ni blasfema ni ociosa. Un padre de la Iglesia, Gregorio de Nisa, habitualmente muy controlado en su lenguaje, respondía con aplomo: «¡Un cadáver!». ¿Y qué sería Jesús? Sin el Espíritu Santo sería, a lo sumo, un héroe religioso a quien colocar en el panteón de los «inmortales» de la historia – obviamente, «inmortales» en sentido patético–, pero no sería ciertamente el salvador del mundo, con su inconfundible rostro divino. ¿Y qué sería el mundo sin el Espíritu, sin su irrupción transfiguradora en la historia? La Sagrada Escritura nos permite imaginar el reverso de un mundo sin el Espíritu de Dios: sería un mundo... al revés, una Babel dividida y belicosa. ¿Y qué sería el hombre sin el soplo divino del Espíritu? No es difícil imaginarlo: sería, triste y espantosamente, un hombre poco humano, por no decir inhumano, un animal voraz y violento. ¿Y qué sería la Iglesia sin su alma interior, el Espíritu Santo, sin la silenciosa respiración de la santidad? Sería una institución humana entre tantas, y ni siquiera la más organizada ni eficaz. El profeta la asemejaría a un inmenso montón de esqueletos.

De un modo más incisivo, a la pregunta por la identidad del Espíritu Santo se le ha dado la siguiente respuesta: «Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo se queda en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad una dominación, la misión una propaganda, el obrar cristiano una moral de esclavos. Pero en Él... el cosmos se ha elevado y gime en el parto del reino; el hombre lucha contra la carne; Jesucristo, el Señor resucitado, está presente; el evangelio es fuerza de vida; la Iglesia es signo de comunión trinitaria, la autoridad es servicio y liberación; la misión un Pentecostés; la liturgia es memorial y anticipación; el actuar humano se deifica».

Ven, Espíritu Santo: tú eres el viento de la libertad.

Ven, Espíritu Santo: tú eres el fuego del amor.

Ven, Espíritu Santo: tú eres el agua de la vida.

¡Ven, Espíritu Santo!

¡Ven, dador de dones!
¡Ven, luz de los corazones!

Francesco Lambiasi

1

El acontecimiento del Espíritu

Jerusalén, año 30 de la era cristiana.

Habían pasado siete semanas desde la Pascua, y seguía causando un gran revuelo aquel anuncio imprevisible e inesperado: «Ha resucitado». Una noticia perturbadora que con contumaz insistencia los discípulos de Jesús iban relanzando tras la muerte de su santo e incomparable maestro. Había sido cruelmente crucificado el 14 de *nisán*, pero ahora –según ellos– ya no había que buscarlo en el registro de los difuntos, porque había regresado vivo del reino de los muertos. Cabalgando sobre la enorme y explosiva ola de aquel impresionante mensaje, tan inaudito que rozaba lo temerario, se había llegado al «día quincuagésimo», la solemnidad de Pentecostés. Para Israel era originariamente la fiesta de la cosecha, pero se había convertido ya en el memorial de la alianza estipulada en el Sinaí entre Dios e Israel, su pueblo.

La efusión del Espíritu

Sobre las nueve de la mañana de aquella gran jornada se verificó otro acontecimiento, no menos increíble que el que había acontecido en Pascua. Lo narra el evangelista Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban *todos juntos* en el mismo lugar. De repente, vino del cielo un *estruendo, como de un viento* huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. Aparecieron unas lenguas como *de fuego*, repartidas y posadas sobre cada uno de ellos. *Se llenaron todos de Espíritu Santo* y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu Santo les permitía expresarse» (Hch 2,1-4).

La escena descrita por Lucas recuerda la de la teofanía en el Sinaí: aparecen los mismos elementos (*fuego y estruendo*: Ex 19,18), del mismo modo que se subraya la unanimidad de los presentes: estaban reunidos «*todos juntos*» en el cenáculo, como en el Sinaí cuando Moisés presentó la santa ley de Dios: «*todo* el pueblo respondió *conjuntamente, con una sola voz*» (Ex 19,8).

Pedro, el líder de los Doce, reconoce en el acontecimiento el cumplimiento de la antigua profecía de Joel: «En los últimos tiempos, dice Dios, *derramaré mi Espíritu sobre todos*» (Hch 2,17). Pero Jesús mismo se había hecho profeta y precursor del Espíritu Santo: antes de su ascensión al cielo, mientras se encontraba a la mesa con los once, «les encargó que no se alejaran de Jerusalén, sino que esperaran *lo prometido* por el Padre, lo que me habéis escuchado: que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados dentro de poco *con Espíritu Santo*» (Hch 1,4-5). También al final de su primer volumen, el evangelista Lucas había recogido la promesa del Resucitado: «Yo os enviaré lo que el Padre *prometió*. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que *desde el cielo os revistan de fuerza*» (Lc 24,49).

Los dones que el Espíritu de Pentecostés comunica a la Iglesia son sumamente valiosos y sorprendentes.

El primero es el don de la *comunión*. San Lucas concede mucha importancia al hecho de que, tras haber recibido el Espíritu Santo, los apóstoles comiencen a hablar en otras lenguas, y especifica que la muchedumbre que había acudido por el ensordecedor estruendo que había retumbado en la ciudad santa, aunque estaba formada por personas procedentes de las diferentes naciones de la tierra, «cada uno los oía hablar en su propia lengua». Ya la tradición judía sugería que en el Sinaí la voz de Dios se había dividido en más lenguas para que todas las naciones pudieran comprenderla. El Espíritu no se vincula a una lengua o a una cultura particular; y los hombres, para entrar en la Iglesia, no tienen que abandonar sus tradiciones y culturas en lo que estas tienen de verdadero y de válido.

Con la venida del Espíritu Santo y el nacimiento de la primera comunidad cristiana se pone en marcha, en el seno de la humanidad, una historia nueva, un camino inverso al emprendido en Babel, como se nos refiere en el libro del Génesis. En Babel los hombres intentan por su cuenta ascender hasta el cielo para llegar a Dios: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para *hacernos famosos* y para no dispersarnos por la superficie de la tierra» (Gn 11,4). Tal es la recurrente tentación del hombre: construir una historia sin Dios, o bien instrumentalizar su nombre e intentar salvarse con sus propias manos, como si se tratara de conseguir una conquista base de esfuerzos o un resultado a base de méritos, en lugar de acoger un don gratuito con alegría y humilde gratitud. De hecho, el relato bíblico no habla solo de una confusión de lenguas, sino, más profundamente, de una dispersión de los pueblos.

Tras la división de las lenguas se vislumbra el colapso de la familia humana, se percibe la catástrofe de una disgregación irreparable: cada pueblo encerrado en el angosto perímetro de su historia, con el obstinado objetivo de imponerse unos sobre otros, con el mortal efecto de hacerse la guerra entre sí. En Babel todos hablan la misma lengua, y en un determinado momento nadie comprende ya al otro. En cambio, en Pentecostés cada uno habla una lengua diferente y todos se entienden. ¿Cómo es posible? La unidad de Babel era una unidad «según la carne», perseguida con la obstinada ambición de «hacerse famosos». Se trataba de una unidad programada para conseguir el cautivador espejismo de una hegemonía universal. El funesto resultado no podía ser otro que la competitividad recíproca y una regresión común. Un antiguo relato rabínico comenta amargamente aquel pasaje diciendo: «Cuando se partía un ladrillo, todos lloraban; cuando moría un hombre, nadie se preocupaba».

Pentecostés representa el gran viraje en el camino de la humanidad: el Espíritu de Jesús encarga a los discípulos y a la comunidad la tarea de imprimir en la historia humana un determinante y eficaz movimiento de reconciliación.

La *misión* es otro gran don del Espíritu: un puñado de hombres, decepcionados y asustados, se transforma en una comunidad de testigos elocuentes y de valientes misioneros, abiertos a la humanidad y al mundo. Sin el Espíritu del Resucitado no hay misión. Precisamente porque es generada por el Espíritu y es siempre sostenida por su fuerza, la misión cristiana no se convierte en una iniciativa autónoma del hombre, en una propaganda asfixiante, en un imperativo agobiante, sino en una gracia, en un don que desciende gratuitamente de lo alto, en una pasión ardiente que desborda de una comunión de amor. «Como el Padre me envió –dice Jesús la tarde de Pascua a sus discípulos–, yo os envío a vosotros» (Jn 20,21).

Si la misión de los discípulos tiene como manantial inagotable y como modelo insuperable la misión del Hijo, esta –así como la misión de los discípulos– brota de una vibrante circulación de amor: «Como el Padre me amó, también yo os he amado» (Jn 15,9). La misión nace de la comunión y tiende a la comunión: esta es la obra maestra

realizada por el Espíritu, el fuego que une los corazones, el viento que abre de par en par las puertas del cenáculo.

La *conversión* del corazón es la tercera gracia de Pentecostés. La venida del Espíritu nunca es tranquila: conlleva siempre un cambio total de las situaciones de pecado y de las fuerzas del mal. El paráclito «demostrará la culpa del mundo con respecto al pecado», había dicho Jesús anunciando su venida (Jn 16,8). La alegre noticia de la resurrección tiene como dos caras: la primera concierne a la obra del Padre —«Dios lo ha constituido (a Jesús) en Señor y Cristo»—; esta es la cara luminosa. La segunda cara es oscura y concierne al misterio de la cruz: «aquel Jesús a quien vosotros habéis crucificado...» (Hch 2,36).

Al poner ante los ojos de sus oyentes al nazareno muerto en la cruz, Pedro pretende que tomen conciencia del dramático misterio del mal: los hombres no han dudado en condenar a morir del modo más infame al más justo de los hombres. Es la historia de ayer y de siempre; es nuestra historia. En la afirmación de Pedro se contiene también otro aspecto de la vida del nazareno: crucificado por nuestra culpa, ha muerto por amor a nosotros, para nuestra salvación. A la maldad humana contrapuso su misericordia; su generosa solidaridad ha superado nuestra insensata cerrazón. El Crucificado salió vencedor de esta lucha inexplicable: el Padre lo constituyó en Señor y Mesías. La resurrección no es solamente una victoria sobre la muerte, sino una victoria sobre el pecado del mundo.

El relato lucano concluye con la conversión de los oyentes, a quienes las palabras de Pedro «traspasaron el corazón» (Hch 2,37). En el lenguaje bíblico, el corazón es el núcleo central de la persona, el lugar secreto donde maduran las reflexiones más íntimas, donde se toman las decisiones más importantes. Este núcleo es golpeado por la irrupción de la Palabra de Dios anunciada por Pedro: no es posible ser neutrales frente al resplandor de su luz. Un anuncio tan determinante, o se acepta o se rechaza. Si se acepta y uno se convierte, como exhorta Pedro («¡convertíos!»), es decir, si se cambia de mentalidad y estilo de vida, solo queda hacerse «bautizar en el nombre de Jesucristo». En ese momento se cumple la promesa: se recibe el don del Espíritu Santo, se entra en la Iglesia, comienza la vida nueva. Así concluye Lucas el relato del primer Pentecostés cristiano: «Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se incorporaron unas tres mil personas» (Hch 2,41).

El relato lucano pone de relieve que el anuncio de Cristo, comunicado en la fuerza del Espíritu, no es un puro y simple hablar de él, ni es meramente la propuesta de una nueva doctrina, ni mucho menos la imposición de una lista interminable de áridos preceptos morales. Más bien, el anuncio de Jesús es un acontecimiento creado por el Espíritu y en virtud del cual se genera una comunión de vida con el Señor resucitado en la comunidad de la Iglesia. Sin Pentecostés, la historia de Jesús habría quedado cerrada y archivada en el pasado. Con Pentecostés, la misma historia se convierte en un evento

permanente en curso, que se renueva con fidelidad infatigable y con creciente e inoxidable novedad.

De Pentecostés a la Pascua

El descenso del Espíritu Santo es la explosión de una luz que lo ilumina todo. El primer panorama que queda iluminado es la historia que lo precede, en particular los tres grandes eventos en los que Cristo es presentado explícitamente en una conexión inescindible con el Espíritu de Dios Padre. Retrocediendo, de Pentecostés llegamos a la Pascua, luego al bautismo de Jesús y, finalmente, a su nacimiento.

Para el primer tramo de este itinerario de revelación progresiva seguimos al evangelista Juan. También en su evangelio se recoge, en labios de Jesús, la promesa y la efusión del Espíritu, pero –con respecto al evangelista Lucas– mientras que la promesa de la venida del Paráclito se produce antes de la muerte del Señor, la efusión del mismo, en cambio, se anuncia en el transcurso de la misma tarde del día de Pascua.

En los discursos de la última cena, el Maestro había hablado con lenguaje claro y directo a los discípulos: «Os conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7). Jesús alude a su «ir» al Padre pasando por la «Pascua» –que significa paso–, recorriendo toda la santa peregrinación de la *pasión-muerte-resurrección*. El cuarto evangelista recoge también una afirmación pronunciada por Jesús en la fiesta de las Tiendas: «Quien tenga sed venga a mí, y beba quien crea en mí»; y comenta: «Se refería al Espíritu que habían de recibir los creyentes en él; todavía no se daba el Espíritu, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn 7,37-39). En realidad, el evangelista Juan está perfectamente al corriente de que el Espíritu ya estaba actuando, porque atestigua su venida sobre Jesús al comienzo de su vida pública, en el bautismo en el Jordán (cf. Jn 1,32-34); pero será con la Pascua cuando el Espíritu Santo sea derramado por el Resucitado sobre la Iglesia, representada por los apóstoles reunidos en el cenáculo. La tarde misma del «tercer día», Jesús se aparece a los suyos y les dice: «Paz con vosotros». Después «les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz con vosotros. Como el Padre me envió, yo os envío a vosotros”. Dicho esto, *sopló* sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”» (Jn 20,21-23). El soplo del Resucitado evoca el soplo del Creador, que había introducido en la nariz del primer hombre un aliento de vida, «y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2,7). El Espíritu que da la vida es la respiración del Resucitado que inaugura la nueva creación. Los discípulos reunidos en el cenáculo se convierten en apóstoles. Nace la Iglesia.

El Espíritu Santo es el «gran don de la Pascua». No puede reducirse la resurrección de Jesús a una mera recompensa mediante la cual Dios habría premiado la obediencia del Crucificado, ni puede ser limitada a una simple manifestación demostrativa de su divinidad. En la Pascua –proclama Pedro el día de Pentecostés– Jesús fue «*constituido* por Dios en Señor y Cristo» (Hch 2,36) y recibió «el nombre que está por encima de

todo nombre» (Flp 2,9). Es claro que para Lucas la dignidad de Señor le corresponde a Cristo desde sus orígenes, como se deduce del evangelio de la infancia de Jesús (Lc 1,35; 2,11). Pero con la Pascua acontece algo realmente nuevo: Jesús no es ya solo el destinatario y poseedor del Espíritu, sino que es «constituido» en su comunicador poderoso y activo. Con la resurrección, Cristo es efectiva y eficazmente constituido *Señor*. Este es el título más frecuente que el cristianismo de los orígenes atribuye a Jesús (160 veces) y es también, como sabemos, el título que en el lenguaje del Antiguo Testamento se aplica únicamente a Dios. Pero después de la Pascua este mismo título compete tanto a Dios como a un hombre: Jesús resucitado comparte, como ningún otro, una dignidad absolutamente divina.

De este modo se quiere declarar polémicamente la alternativa cristiana al señorío del emperador romano y de cualquier otro presunto señor. A los discípulos del Crucificado les resulta imposible doblegarse a reconocer como su Señor a quien no ha dado su vida por los demás; es más, a lo sumo pide la vida de los demás para sí. Cristo es confesado como Señor porque su «autoridad» no pisotea ni oprime, sino que libera y «hace crecer». Quien dobla la rodilla ante este Señor no dobla la espalda ante los poderosos de la tierra.

En este sentido, Pablo adopta incluso un lenguaje nuevo cuando, diferenciándose del tradicional lenguaje de Israel, que no conocía una atribución del Espíritu al Mesías de forma directa –¡el Espíritu es propiedad exclusiva de Dios!–, habla expresamente del «Espíritu del Hijo» (Gal 4,6), del «Espíritu de Cristo» (Rom 8,9). ¡He aquí la novedad! El Espíritu no es ya solamente una personificación de Dios, ni pertenece a un Dios desencarnado, sin rostro y sin nombre. Ya no podrá uno relacionarse con el Espíritu sin la mediación de Cristo ni, viceversa, se podrá entrar en comunión con Jesús sin llegar a participar de su santo Espíritu. Ahora bien, todo esto se inició gracias a aquella «fuerza» que el Padre despliega en la resurrección del Hijo, que –afirma Pablo– fue «*constituido* Hijo de Dios con *poder* según el Espíritu de santidad, en virtud de la resurrección de entre los muertos» (Rom 1,4).

Después de haber conocido la condición del siervo, la humanidad de Jesús en la resurrección es colmada por el Padre con su Espíritu y asume la forma del Hijo glorioso. El anuncio de la resurrección y la proclamación de Jesús como Hijo de Dios van unidos: «En cuanto a nosotros, os anunciamos –proclama Pablo en Antioquía de Pisidia– la buena noticia: que la promesa hecha a los antepasados la ha cumplido Dios a sus descendientes resucitando a Jesús, como está escrito en el salmo segundo: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*» (Hch 13,32-33). La resurrección es una «re-generación» de la humanidad del Hijo por parte de Dios mediante la fuerza fecunda de su Espíritu. Es el cumplimiento de aquella generación divina del Hijo en su humanidad iniciada con la encarnación y revelada en plenitud en el «renacimiento» pascual, cuando Jesús, nuevo Adán, se convierte en «Espíritu dador de vida» (1 Cor 15,45). No es posible hablar de Jesús como Cristo-Señor-Hijo sin evocar el Espíritu en el que es resucitado y «regenerado» por el Padre al mundo. En la historia de la salvación, el día de Pascua se

verifica el gran «salto cualitativo»: el paso del Jesús que recibe el Espíritu al Jesús que lo envía.

De la resurrección a la vida terrena de Jesús

En la mañana del «tercer día», el ángel había dicho a las mujeres que a Jesús, el viviente, no podían buscarlo ya entre los muertos. Tampoco nosotros podemos buscar a Jesús en la nostalgia de los recuerdos o en la galería de los grandes del pasado. Pero, a la luz de la Pascua, podemos releer toda la vida histórica del nazareno como colocada bajo la acción del Espíritu Santo, comenzando a partir de su *muerte en la cruz*. En efecto, aquella muerte no puede interpretarse como un acto puramente jurídico por el que un pobre inocente llegaría finalmente a aplacar con su sangre a una divinidad injustamente ofendida por el pecado de la humanidad corrupta.

En este caso, la historia de la salvación no estaría regulada por la misericordia gratuita del amor (la gracia), sino por la justicia conmutativa del dar para tener (la ley). Dios no se revelaría como el Padre rebosante de misericordiosa ternura, sino como una gélida justicia anónima, dispuesta a condonar el pecado a condición únicamente de ser resarcida. Y Jesús no sería ya el Hijo eterno y tiernamente amado por el Padre, sino una especie de «hombre divino» que toma el lugar de los pecadores para restablecer así el equilibrio que había quedado comprometido con el pecado.

Para Jesús, en cambio, la muerte es una verdadera *pascua*, un *paso* «de este mundo al Padre» (Jn 13,1). El final de la vida del hombre Jesús no es una cruz solamente padecida en medio del desolado silencio de una divinidad fría y distante; es una muerte activamente vivida como acto supremo de obediencia total a aquel que es Padre y que solo puede custodiar la vida del Hijo: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» (Lc 23,46). En la cruz, el Hijo se revela como el obediente que se da y se abandona a su *Abbá*, entregándose sin condiciones y sin reservas en sus tiernas y firmes manos. Y Dios se revela como el Padre tenazmente amoroso que acoge el último suspiro del Hijo para resucitarlo al tercer día y constituirlo en «Espíritu dador de vida» (1 Cor 15,45).

Leemos en la Carta a los Efesios: «Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofreciéndose a Dios *como sacrificio de aroma agradable*» (Ef 5,2). ¿En qué consistió este sacrificio? San Pablo escribe que Dios «*no reservó a su propio Hijo*, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom 8,32). Esta expresión alude implícitamente al sacrificio de Abrahán, del que se habla en el Génesis. Dirigiéndose al padre de los creyentes, Dios le dice: «Puesto que has hecho esto y *no has reservado a tu hijo*, tu único hijo, yo te bendeciré con toda bendición» (Gn 22,16). Por consiguiente, lo que Pablo quiere decir es que Dios no se ha reservado a su Hijo, es decir, no lo ha retenido para sí «celosamente como un tesoro». El Padre no es solo aquel que recibe el sacrificio del Hijo, sino también aquel que lo «hace»: ha hecho el supremo sacrificio de darnos al Hijo, a su único Hijo, el amado. El silencio del Padre ante el grito desgarrador del Crucificado no es un silencio de indiferencia, ni mucho menos de hostilidad: es un silencio de sufrimiento y de impotencia. En virtud de su amor invencible, el Padre quedó

incapacitado para permitir que el Hijo ofreciera la prueba suprema de su voluntad de autodonación. Es verdad: también el Padre sufre, con un sufrimiento que es un misterio para nosotros, pero que es un misterio de amor. No se aflige por sí, sino por el hombre que se pierde y por el Hijo que pierde su vida por amor a los hermanos perdidos.

¿Y el Espíritu Santo? Es el amor que el Padre infunde en el Hijo: en efecto, «movido por el Espíritu eterno, [Cristo] se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (Heb 9,14). Aquí se llama «eterno» al Espíritu porque, en la perspectiva sacerdotal de la Carta a los Hebreos, cumplió en la muerte sacrificial de Jesús la misma función que cumplía el fuego inextinguible del templo para los holocaustos (cf. Lv 6,5-6). En el Antiguo Testamento se habla bastantes veces del «fuego del cielo» que quemaba las oblaciones presentadas por los hombres. Así como aquel fuego descendía para consumir a la víctima en señal del agrado que la ofrenda le causaba a Dios, también puede decirse que el Espíritu Santo es verdaderamente el «fuego del amor» que desciende del cielo hasta lo más hondo del misterio de la cruz. Es el Espíritu Santo el que permite a Jesús vivir en la cruz una profunda y radical transformación existencial: reaccionar ante una violencia totalmente injustificada con una entrega totalmente incondicionada. Transformar la crueldad más ciega y brutal en la donación más generosa y fiel. Transfigurar un dolor infinito en un amor infinitamente más grande.

En la obediencia total al Padre, Jesús alcanza la cima de su filiación: «Por eso me ama el Padre, porque doy la vida para recobrarla después. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para recobrarla de nuevo. Este es el encargo que he recibido del Padre» (Jn 10,17-18). Aprendiendo la obediencia al precio de un terrible sufrimiento, el Hijo amado es «hecho perfecto» (Heb 5,8s): en la fuerza del Espíritu llega a ser plenamente, mediante su libertad de hombre, lo que es desde el principio de su existencia histórica, a saber, el Hijo de Dios en el mundo.

Desde la muerte de Jesús, iluminada por la luz resplandeciente de la resurrección, podemos retroceder hasta el *bautismo en el Jordán*, un acontecimiento que es mucho más que un buen ejemplo dado por Jesús para inducirnos a sus discípulos a bautizarnos. En realidad, el bautismo es la consagración de Jesús como *Mesías* o Cristo. Al bautizar al centurión Cornelio, dice Pedro: en el Jordán «Dios *consagró con Espíritu Santo* y con poder a Jesús de Nazaret» (Hch 10,38). En este punto coinciden los cuatro evangelios, cuando resaltan el descenso de la «paloma» sobre Jesús mientras este se sumerge y a continuación sale de las aguas. Hay que excluir dos interpretaciones opuestas de este acontecimiento. La primera afirma que Jesús llegó a ser en el Jordán el Hijo «adoptado» por el Padre –una idea sostenida por una antigua herejía, llamada precisamente por eso «adopcionismo»–. La segunda entiende el bautismo de Jesús como una pura y simple declaración o ilustración de su identidad mesiánica y filial. La realidad es que, gracias a la intervención del Espíritu Santo en el Jordán, comienza realmente una historia inédita: se inauguran los tiempos mesiánicos. Jesús, que no había manifestado en Nazaret una identidad marcada por una presencia arrolladora del Espíritu divino, aparece ahora lleno de la «fuerza del Espíritu Santo» (Lc 4,14).

Este hecho crea una novedad en la vida de Jesús y produce efectos grandiosos: victoria sobre Satanás en el desierto y sobre los demonios, predicación con autoridad y no como los escribas, instauración del reino de Dios, milagros, oración (cf. Mt 12,28; Lc 10,21). Lo atestigua el propio Jesús en su discurso inaugural en Nazaret: «*El Espíritu del Señor está sobre mí*; por eso me ha consagrado con la unción y me ha enviado a llevar a los pobres la alegre noticia». Desde el comienzo del ministerio de Jesús, el Espíritu emerge como la fuerza interior que le permite decir las palabras oídas al Padre y realizar sus obras. El Espíritu, que procede del Padre, permite al Hijo dar forma filial y fraterna a su humanidad. En toda circunstancia, gracias al Espíritu que actúa en él, Jesús es capaz de actuar y reaccionar de un modo tal que con todos sus recursos humanos –energías físicas, inteligencia, voluntad, afectos– moldea la «figura» de hijo y hermano. El Espíritu es la «respiración» de Jesús, lo que lo mantiene fielmente abierto al Padre e incondicionalmente disponible para la salvación de todos los hombres.

Del bautismo en el Jordán podemos remontarnos, finalmente, al acontecimiento de la *encarnación*. Los evangelios de la infancia afirman con claridad que también este suceso fue posible gracias al «descenso» del Espíritu Santo: por primera vez en la historia de la salvación se atestigua que el Espíritu Santo desciende directamente sobre la madre del Mesías (Lc 1,35); por eso, el engendrado por María «procede del Espíritu Santo», como asegura el primer evangelio (Mt 1,18). Comienza así a vivir un hombre que es el Hijo de Dios en persona. La escena de la anunciación expresa la articulación trinitaria de la obra divina, al igual que en la resurrección y en el bautismo: Jesús, que nacerá por el poder del Espíritu Santo, será llamado Hijo del Altísimo e Hijo de Dios (Lc 1,32-35).

El poder que intervendrá en la Pascua se hace presente ya antes en el humilde nacimiento de Jesús, y se revela como la «fuerza» de la generación eterna del Hijo: esa fuerza es el Espíritu Santo.

En su pleno cumplimiento de Pentecostés, la Pascua es el acontecimiento del Espíritu Santo. Resucitando, Jesús ha llegado a la cima de la gloria: fue «exaltado a la diestra de Dios y, *después* de haber recibido *del Padre el Espíritu Santo prometido*, lo ha derramado» (Hch 2,33). Desde su encarnación, Jesús recibió el Espíritu Santo como un don personal que hace de su humanidad la carne del Hijo de Dios. En el Jordán recibió la plenitud del Espíritu Santo, que lo constituyó en Mesías. En el misterio de la Pascua-Pentecostés, como Señor y cabeza de la humanidad redimida, comunica el Espíritu a todo el nuevo pueblo de Dios.

2

El origen del espíritu

De la historia del Crucificado Resucitado parten dos potentes haces de luz: uno dirigido hacia atrás, que, como hemos visto, ilumina toda la vida histórica de Jesús, desde la Pascua hasta la encarnación; el otro, orientado hacia lo alto, nos permite balbucear alguna sílaba del misterio del Espíritu en la vida íntima de la santísima Trinidad. Pero no se puede pasar por alto la lección de Pablo, que prohíbe toda pretensión orgullosa e indiscreta de «manipular» la misteriosa realidad divina, como si fuera un objeto programado por nuestro ingenio. En efecto, «nadie ha podido conocer nunca los secretos de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2,11). Además, el Espíritu de verdad nos revela a Cristo, pero no habla de sí mismo. Para responder a las preguntas sobre quién es, qué hace, si es y cómo es una realidad que nos concierne de cerca, por qué entra tan necesaria y esencialmente en la confesión de fe en Jesucristo..., se nos remite continuamente a aquel libro que custodia la memoria siempre viva de la revelación que Dios hizo de sí mismo, la Sagrada Escritura leída e interpretada en la Iglesia, a quien le fue confiada por Dios.

La definición del II Concilio de Constantinopla

La fe en la verdad del Espíritu Santo es solemnemente proclamada por el magisterio de la Iglesia en el segundo concilio ecuménico (Constantinopla, 381) con este artículo: «(Creemos) en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas».

Las *palabras iniciales* definen la divinidad del Espíritu Santo (es *Señor*) y califican su obra principal (*dar la vida*). La divinidad del Espíritu se expresa con el mismo título dado al Padre y al Hijo, el título de «Señor». A la fe en la divinidad del Espíritu Santo se llegó partiendo de cuanto realiza en nosotros: no podría divinizarlos si no fuera divino. El razonamiento era muy sencillo: o el Espíritu Santo pertenece a la esfera del Creador o a la de las criaturas. Pero el Espíritu Santo nos diviniza, nos santifica, nos pone en contacto íntimo y directo con Dios. Por consiguiente, pertenece a la esfera, o naturaleza, del Creador. Pero si pertenece a la naturaleza divina, merece el mismo título que Dios: «Señor». En efecto, «da la vida», nos comunica la vida divina.

De este modo quedaba definitivamente sellado el giro anti-idolátrico ya realizado por la religión bíblica con respecto a toda imagen del Espíritu de Dios como si fuera un fluido impalpable o una especie de entidad mágica, intermedia entre Dios y nosotros. El concepto de Espíritu, vinculado con el Dios de Israel, se depuraba así de toda representación mitológica para poder ser comprendido con el rigor y la nitidez que implica una profesión intransigente del monoteísmo. Pero la fe en la divinidad del Espíritu, afirmada por la Iglesia, conlleva también la novedad aportada por el Nuevo Testamento, a saber, que el Espíritu Santo está indisolublemente unido al Dios que es el *Padre de Jesucristo*. De hecho, la función que, según el Antiguo Testamento, realizaba el Espíritu con respecto al Dios de Israel se pone en el Nuevo Testamento en relación con Jesús de Nazaret.

El artículo del *Credo* formulado en Constantinopla prosigue con estas palabras: «... *que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria*». El sentido de esta expresión es que solo el Padre es el origen absoluto, el principio sin principio de las otras dos personas divinas. En la base de esta afirmación se encuentra cuanto Jesús mismo declara en el largo discurso de despedida en el cenáculo, donde califica al Paráclito como «el Espíritu de la verdad *que procede del Padre*» (Jn 15,26).

Para comprender la verdad del inefable misterio de la vida intratrinitaria debemos tener constantemente presente que toda la historia de la salvación es un gran itinerario de amor: es un «éxodo» *desde* el Padre, *por* el Hijo, *en* el Espíritu, y un «retorno» *en* el Espíritu *por* Cristo *al* Padre.

En síntesis, toda la salvación es una historia que va *desde* el Padre *hasta* el Padre. Pero, dado que en esta historia santa se refleja la vida íntima de la santísima Trinidad, puede afirmarse entonces que el Padre es al mismo tiempo el origen y la meta tanto de la vida íntima de la santísima Trinidad como de su revelación en la historia: todo parte del Padre y retorna al Padre. El Padre es, por consiguiente, el origen primordial no solo del Hijo unigénito, sino también, y al mismo tiempo, del Espíritu Santo. En efecto, el Padre engendra al Hijo *en* el Espíritu y, viceversa, el Hijo se da al Padre *en* ese mismo Espíritu. Del Padre no puede decirse que es el Padre *del* Espíritu –de hecho, engendra al Hijo, no al Espíritu–, pero puede y debe identificarse como Padre *en* el Espíritu. ¿Acaso puede el Padre, el amor infinito que le da todo al Hijo, engendrar al Hijo, al amado, si no es en el amor? Por eso afirmamos, con san Agustín, que el Padre es el amante, el Hijo es el amado, y el Espíritu Santo es el amor.

El Espíritu Santo como amor-don

En la encíclica dedicada al Espíritu Santo, Juan Pablo II habla de él como la «persona-amor», la «persona-don». Las dos fórmulas expresan la misma realidad: no hay, en efecto, don más grande que el amor, y el Espíritu Santo es el don más grande de Dios-Amor. En el discurso de Pentecostés, san Pedro había exhortado a los presentes diciéndoles: «Arrepentíos [...] y recibiréis *el don del Espíritu Santo*» (Hch 2,38). Explica san Agustín: «El Espíritu Santo se da como don de Dios, y de tal modo que se da también él mismo en cuanto Dios». Pero decir que el Espíritu es don significa presuponer que es el don hecho por el Padre, el donante divino, al Hijo, el receptor divino, el cual, a su vez, vuelve a dárselo al Padre. Llegamos así a comprender la equivalencia de cuanto se dice del Espíritu Santo como amor y como don.

En la línea de san Agustín, dice al respecto santo Tomás: «El primer don que hacemos a la persona que amamos es el amor mismo, que logra efectivamente que la amemos. Así que el amor constituye el don primario, en virtud del cual se dan todos los demás dones que le ofrecemos. Por eso, desde el momento en que el Espíritu Santo procede como amor, procede como el don primario».

La consecuencia que se deriva de ello es la siguiente: al infundir en los corazones la caridad, el Espíritu Santo no infunde tan solo una virtud, sino que se infunde a sí mismo. En efecto, el Espíritu Santo es el don perfecto: en Él, el don se identifica con la persona. De ahí que haya que entender este amor en sentido dinámico: el Espíritu Santo es el «don», en el sentido de que es la donación del Padre al Hijo, y es aquel que mueve al Hijo a volver a darse al Padre. El resultado es que, cuando llega a nosotros el Espíritu Santo como don y como donación recíproca del Padre y del Hijo, se nos comunica a sí mismo como capacidad e impulso generoso para darnos a los hermanos.

La visión del Espíritu como amor-don del Padre y del Hijo provoca dos interesantes «repercusiones»: la primera, sobre la concepción del plan de salvación; la segunda, sobre nuestra vida espiritual.

La espiritualidad de comunión

La reciprocidad entre Hijo y Espíritu Santo y la simultaneidad de su origen en el Padre muestran claramente que el Hijo no puede existir sin el Espíritu, ni el Espíritu sin el Hijo. No es posible separar a Cristo y al Espíritu. Dice al respecto Tomás de Aquino: «Todo cuanto acontece por medio del Espíritu acontece también por medio de Cristo». No hay dos planes de salvación: uno de Cristo, restringido a la Iglesia, y otro del Espíritu, extendido a toda la creación. No se da un doble Espíritu Santo: uno que actuaría en el universo y sería llamado «Espíritu de Dios», y otro –llamado «Espíritu de Cristo»– que actuaría dentro de la Iglesia visible. No existen dos órdenes, uno de la creación y otro de la redención; uno de la naturaleza y otro de la gracia. No existen, como parece sostener Joaquín de Fiore, tres épocas: una del Padre (Antiguo Testamento), otra del Hijo (la intermedia) y, finalmente, la del Espíritu, que sería la época en que nosotros vivimos.

Cristo es el único salvador de todos, es la verdad que ilumina a todos los hombres, y el Espíritu Santo impulsa a los discípulos de Cristo a cultivar las semillas del Verbo, esparcidas en las diversas religiones y tradiciones. La Iglesia posee la plenitud de los medios de salvación, pero «debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo que solo Dios conoce, se asocien a este misterio pascual» (*Gaudium et Spes*, 22).

¿Qué sentido tiene entonces *la misión*? Si es verdad, como afirma santo Tomás, que toda chispa de verdad, todo fragmento de belleza, todo germen de bondad «que venga de cualquier parte, procede en última instancia del Espíritu Santo», entonces hay motivos de sobra para que los no cristianos de buena voluntad, que se benefician de estas luces y de estos dones, sean ayudados a descubrir su fuente y, por consiguiente, a conocer el nombre de Cristo, a reconocer su rostro, para entrar en una relación consciente y plena con él y con su Iglesia.

De la verdad del Espíritu Santo como persona-don brota la *espiritualidad de la gracia*, que podría formularse con una ley fundamental que regula la economía de la salvación: la superioridad del recibir sobre el hacer, la prioridad del don gratuito sobre la acción. «El hombre no llega verdaderamente a sí mismo mediante lo que hace, sino a través de lo que recibe. Debe esperar el don del amor, y no puede acoger el amor si no es en forma de donación gratuita. El amor no es algo que el ser humano pueda “hacer” él solo, sin el otro; tiene que esperarlo, hacer que se lo den. Y no se puede llegar a ser íntegramente humano sin ser amado, sin dejarse amar» (J. Ratzinger). Por lo tanto, vivir en la lógica del don no consiste principalmente en el ejercicio de la capacidad de dar, sino en la maduración de la disponibilidad para recibir. Puesto que el Espíritu es el don que desciende de lo alto, la espiritualidad de la gracia implica la primacía de Dios en la vida espiritual, ya que es Dios quien «nos amó primero» (1 Jn 4,10). San Pablo, el

insuperable cantor de la gracia, escribe: «[Todo depende] no de la voluntad ni de los esfuerzos del hombre, sino de Dios, que emplea misericordia» (Rom 9,16). Por eso, la primacía no corresponde al ascenso del hombre a Dios, sino al descenso de Dios hasta el hombre. El Espíritu Santo ilumina, sustenta y acompaña nuestro camino de santificación, desde el principio hasta el final. Nuestra libertad es salvada, no subrogada. El Espíritu sostiene el camino, pero soy yo quien camina. Todo es gracia: se adquieren méritos ante Dios acogiendo sus dones. Nuestros méritos son sus dones, y la recompensa de la vida eterna es el don supremo.

La salvaguarda de la dimensión vertical de la gracia es la defensa más segura y la custodia más celosa de su dimensión horizontal; es decir, podemos dar a los demás porque antes hemos recibido, según la exhortación evangélica: «De balde lo recibisteis, dadlo de balde» (Mt 10,8). Todos somos lo bastante pobres como para tener que recibir, y todos somos lo bastante ricos como para poder dar.

No se trata en absoluto de una reflexión abstracta y genérica, porque puede verse concretamente en el impacto que la lógica del don y el principio de gratuidad tienen incluso en el plano económico en sentido estricto. En efecto, si, por una parte, la lógica del don no excluye la justicia, por otra, hay que afirmar que no se llega a salvar ni siquiera la justicia sin la gratuidad. Si se disuelve el principio de gratuidad –el «dar por amor»–, entonces se cae forzosamente en el «dar para tener» de la visión individualista, o en el «dar por deber» de la visión estatalista. De hecho, en la devaluación de lo gratuito convergen tanto el liberalismo, que ha hecho del beneficio el alma de la vida social, como el marxismo, que relegó el gesto gratuito a un cuento para niños.

De la savia de estas raíces se nutre la llamada *economía de comunión*, en la que el hecho de compartir los beneficios apunta prioritariamente a ayudar a las personas en dificultades y a atender a las necesidades primarias, contribuyendo eficazmente, mediante la comunicación de bienes, a la edificación de la comunidad. Tertuliano, un escritor de la cristiandad antigua, escribía: «Llegamos a ser hermanos con nuestros bienes».

3

La obra maestra del Espíritu

La Iglesia se reúne en torno a Cristo. El vínculo entre Jesús y su comunidad no es tanto de orden histórico o moral cuanto el propio de un fundador que une a su voluntad, o al recuerdo de sus dichos y hechos, la institución que tuvo en él su origen. El vínculo con el que el Señor resucitado une consigo a su Esposa es el Espíritu Santo. Lo expresa con incisiva claridad san Ireneo: «Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda gracia». Durante su actividad pública, desarrollada en Galilea y Jerusalén, Jesús puso los cimientos de «su» Iglesia: había hablado de ella en futuro («edificaré»), y el nuevo templo de Dios, en efecto, surgirá en Pentecostés.

El Espíritu Santo no entra en ella como en una construcción ya terminada: gracias a su soplo vital, la casa de Dios llega a estar formada por piedras vivas, fundadas en el inquebrantable cimiento de la memoria viva de los apóstoles. La Iglesia es un «edificio espiritual» (1 Pe 2,5), porque está «habitada por el Espíritu de Dios» (cf. 1 Cor 3,16). Pero el Espíritu Santo está siempre activo y edifica continuamente la Iglesia con dones incomparables: con la Palabra de Dios, con los sacramentos, los carismas y los ministerios.

El Espíritu de la Palabra, de los sacramentos y de los carismas

La comunidad eclesial se constituye en torno al anuncio fundamental: Jesús es el Señor; pero «nadie puede decir “Jesús es el Señor” si no es movido por el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3). Según los Hechos de los Apóstoles, la *Palabra de Dios*, llena de Espíritu Santo, crece, se consolida y se difunde. Los protagonistas humanos son sus servidores y se entregan a ella, «que tiene poder para edificar y otorgar la herencia a todos los consagrados» (Hch 20,32). Los servidores pueden ser detenidos y encarcelados, pero la palabra «no es encarcelada» y no deja de avanzar (cf. 2 Tim 2,9).

La Palabra de Dios es un mensaje que no solo recoge la buena noticia de la salvación, sino que lleva consigo dicha salvación; no solo tiene por contenido a Cristo muerto y resucitado, sino que, antes aún, es Cristo mismo que habla a través de sus enviados. El cristianismo no se presenta como la religión del libro, por más que este pueda ser sagrado, sino que es la revelación de las palabras del Señor, que son «Espíritu y vida» (Jn 6,63). El Espíritu «inspira» la Palabra, y la Palabra «inspira» el Espíritu. Sin su luz, la Palabra de Dios es letra muerta, pero leída bajo su inspiración comunica la vida (cf. 2 Cor 3,6). Basta con realizar esta experiencia: cuando se lee la Escritura «espiritualmente», es decir, a la luz del mismo Espíritu con que fue escrita, entonces no solo es lámpara que ilumina nuestro camino, sino también fuerza e impulso para recorrerlo.

¿Qué significa leer «espiritualmente» la Escritura? Significa leerla con referencia a Cristo, que es personalmente la Palabra de Dios diseminada a lo largo de todas sus páginas. Todos los libros de la Sagrada Escritura forman como un solo libro, y ese único libro es Cristo mismo. Entre el Espíritu y la Palabra se verifica, por consiguiente, una circularidad virtuosa. El Espíritu transmite la Palabra, y la Palabra comunica el Espíritu. De ahí que la Palabra se comprenda siempre de un modo nuevo. «La Escritura crece con quien la lee», afirmaba san Gregorio Magno.

Cuando en la Iglesia, bajo la guía de sus pastores, se lee y se interpreta correctamente la Sagrada Escritura, Cristo resucitado dirige de nuevo a los hombres su palabra, una palabra viva, como resucitada del libro, cargada de la fuerza del Espíritu Santo que la inspiró. En efecto, «la profecía nunca sucedió por iniciativa humana, sino que los hombres de Dios hablaron *movidos por el Espíritu Santo*» (2 Pe 1,21). Solo el Espíritu permite comprender las palabras y recordar los gestos de Jesús, no como acontecimientos lejanos y empañados por el tiempo, sino como «misterios», como realidades presentes y perennemente operativas.

Ser cristiano no significa adherirse a una idea, sino a una persona. Mediante la *santa liturgia*, el Señor Jesús, crucificado y resucitado, nos sale al encuentro personalmente. Nos comunica el don pascual de su Espíritu y de la vida nueva y santifica nuestra existencia en las situaciones más diversas, para alabanza de Dios Padre. Por

medio de la Palabra y de los sacramentos, en virtud del Espíritu Santo, la Iglesia, nuestra madre, nos engendra a la vida cristiana y nos forma en ella, como María engendró a Cristo: «De su seno nacemos, de su leche nos nutrimos, por su Espíritu somos vivificados», escribe san Cipriano.

La liturgia –como se deduce de lo que constituye su culmen, la eucaristía– presenta una estructura fundamental que contempla un memorial de las grandes proezas de Dios (*anámnesis*) y una invocación para que se renueve su eficacia (*epiklēsis*). El memorial no es una vacía conmemoración repetitiva de los acontecimientos salvíficos, sino que es su verdadera, real y actual re-presentación en el sacramento.

Del mismo modo que la cena pascual judía recuerda el éxodo de Egipto y hace participar en él, de alguna manera, a los presentes en el rito –porque Dios viene de nuevo a hacer por los hijos lo que en otro tiempo había hecho por los padres (cf. Ex 12,14)–, así también el acto de donación por el que murió Jesús permanece en el Señor resucitado como «redención eterna», en virtud del «Espíritu eterno» (Heb 9,12.14).

El acontecimiento pascual es el único acontecimiento que no pasa. Pues bien, este evento es «representado» en la eucaristía y despliega de diversos modos su eficacia también en los otros sacramentos y en toda la liturgia. Por eso, el memorial no es simple recuerdo, sino actualización del mismo evento en el rito. Antes de repetir el gesto y las palabras del Señor sobre el pan y el vino (*anámnesis*), la Iglesia invoca al Espíritu que consagra (*epiklēsis*): «Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros cuerpo y sangre de Jesucristo, nuestro Señor». El Crucificado Resucitado se hace presente como cordero inmolado y viviente. El pan es realmente el cuerpo entregado, y el vino es realmente la sangre derramada. Su palabra, con la fuerza del Espíritu, realiza verdaderamente lo que anuncia. La eucaristía no es una representación que trate de *imitar* la muerte y resurrección del Señor, ni es tampoco una repetición suplementaria del sacrificio de la cruz, que, en cuanto tal, es único e irrepetible: fue realizado, en efecto «de una vez para siempre» (Heb 10,10). La eucaristía es una representación *real* de la muerte y la resurrección del Señor, que se hace presente en el memorial del sacramento: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!»

«Nosotros celebramos el culto –escribe Pablo– movidos por el Espíritu de Dios» (Flp 3,3): es por el Espíritu Santo por lo que la liturgia no se reduce a mera arqueología ni degenera en nostalgia melancólica, sino que es verdadera historia de salvación. El anuncio hace presente el acontecimiento en el sacramento, y este tiende a su pleno cumplimiento: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!»

En la dinámica de un intercambio fraterno, el Espíritu Santo sostiene la vida y la misión de la Iglesia con dones diversos y complementarios: carismas, ministerios, vocaciones, dones diferentes, frutos de la vida nueva. «Cada uno, como buen

administrador de la multiforme gracia de Dios, ponga al servicio de los demás el carisma que haya recibido» (1 Pe 4,10).

Los *carismas* son gracias especiales que el Espíritu Santo concede a algunos en particular, los cuales, mediante ellas, se hacen idóneos para asumir alguna tarea y para desarrollar algún servicio en favor de la santidad de la Iglesia, de su vitalidad apostólica, del bien de las personas y de la sociedad. Algunos carismas son totalmente ordinarios, como el matrimonio, la virginidad, la asistencia a los pobres y a los enfermos... Otros son extraordinarios, como los milagros. Algunos son ocasionales y espontáneos, como hablar en lenguas; otros son estables, como la tarea de enseñar; y los hay también institucionales, como el oficio de pastores. Son auténticos si se encuentran en sintonía con la doctrina de la fe profesada por la Iglesia, con la utilidad efectiva de la comunidad y con las orientaciones dadas por los pastores para la coordinación necesaria. El Nuevo Testamento desconoce todo dualismo entre carisma e institución: el Espíritu es libre para actuar dentro y fuera de la institución.

A la variedad de los carismas corresponde una variedad de servicios, momentáneos o duraderos, privados o públicos. Se denominan *ministerios* los servicios eclesiales estables y públicamente reconocidos. En primer lugar, se encuentran los ministerios ordenados de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos. Luego, nos encontramos con los ministerios de los laicos, fundados en el bautismo y en la confirmación, que se confieren a través del reconocimiento, oficial o de hecho, de la comunidad y del obispo. Algunos de estos se instituyen mediante un rito litúrgico, como el lectorado y el acolitado.

Mientras que los carismas conciernen directamente a la utilidad del prójimo, y por eso se distribuyen variablemente, los *dones* del Espíritu conciernen al desarrollo de la vida cristiana, y por eso se conceden a todos, aunque con acentuaciones diversas. Tradicionalmente se distinguen siete: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Nos permiten seguir nuestra vocación para expresar nuestra originalidad y ejercer nuestro servicio.

Además de los siete dones del Espíritu Santo, merecen ser mencionados también los *frutos* del Espíritu, de los que se habla en la Carta a los Gálatas (5,22): amor, alegría, paz, magnanimidad, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí. No se trata de una lista exhaustiva, sino puramente ilustrativa. Mientras que los carismas son obra única del Espíritu, los frutos son el resultado de una colaboración entre la gracia del Espíritu y nuestra libre disponibilidad. Además, mientras que los carismas son diversos de una persona a otra, los frutos son idénticos para todos. No todos pueden ser en la Iglesia apóstoles, profetas o evangelistas, pero todos indistintamente, desde el primero hasta el último, sí pueden y deben ser caritativos, pacientes, humildes y pacíficos. Inspirándonos en la sugerente alegoría de Juan, podemos decir que los frutos del Espíritu son producidos por la savia (el Espíritu Santo) que asciende de la cepa de la viña (Jesús)

hasta los sarmientos (los discípulos), bajo el benévolo y sabio cultivo por parte del Padre.

La Iglesia, sacramento del Espíritu

En el símbolo constantinopolitano, a la fórmula del concilio de Nicea «Y (creo) en el Espíritu Santo», además de ampliar este artículo con las palabras «que es Señor y dador de vida», se añadió el artículo sobre la Iglesia «una, santa, católica y apostólica». Santo Tomás de Aquino interpretaba la conexión de los dos artículos –el relativo al Espíritu Santo y el correspondiente a la Iglesia– como si se dijera: «Creo en el Espíritu Santo, que santifica a la Iglesia». Podríamos añadir: «Creo en el Espíritu Santo, que unifica a la Iglesia y la hace católica y apostólica».

En primer lugar, el Espíritu Santo *unifica* a la Iglesia. Jesús había orado en el cenáculo por sus discípulos y por la Iglesia de todos los tiempos: «Padre, que sean uno, como tú y yo somos uno» (Jn 17,11.21-23). En Pentecostés se cumple la oración de Jesús: los apóstoles se encuentran «todos juntos», en plena y total «unanimidad» (cf. Hch 2,1.46). La dispersión babélica de los pueblos, causada por el orgullo de los hombres y expresada en la confusión de las lenguas, se supera con la reunificación de todas las naciones. Este es el primer prodigio realizado por el Espíritu, un prodigio que prosigue en la actualidad, porque la Iglesia es el Pentecostés permanente. «Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, *nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo* y hemos absorbido un solo Espíritu» (1 Cor 12,13).

En la Iglesia se realiza así el máximo de unidad posible, la de ser uno en Cristo: «Ya no hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues con Cristo Jesús todos sois uno» (Gal 3,28). Gracias a la incansable acción unificadora del Espíritu Santo, en la Iglesia saltan por los aires todas las barreras de tipo racial (judío-griego), social (esclavo-libre) y sexual (hombre-mujer). Incluso la diversidad de dones espirituales (carismas) es salvada por el Espíritu de la amenaza de divisiones y contraposiciones desgarradoras, puesto que «existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu» (1 Cor 12,4) que reconduce la pluralidad de fragmentos diversos y dispersos a la unidad sinfónica del conjunto.

La Iglesia está, de hecho, expuesta a dos riesgos contrapuestos: el individualismo extremo, en el que *cada uno* querría ser el todo, y el riesgo del centralismo extremo, en el que *uno solo* querría ser el todo. Únicamente en la «comunidad del Espíritu Santo» (2 Cor 13,13) pueden todos ser el todo. Esta es la espiritualidad de comunión.

Además, el Espíritu *santifica* a la Iglesia. En la tarde de Pascua, Jesús resucitado sopla sobre los apóstoles el Espíritu Santo en orden a la remisión de los pecados. Derrotando el mal presente en el corazón del hombre y del mundo, el Paráclito asegura a la Iglesia una santidad fundamental, haciéndola entrar en comunión con aquel que es santo y santificador. Puesto que el Espíritu es real y continuamente transmitido por el Resucitado a su Iglesia, la comunidad eclesial nunca estará exenta de la dramática lucha contra el mal, pero sí tendrá siempre la garantía del triunfo final.

Mientras tanto, ya en su peregrinación, la Iglesia experimenta cómo la santidad del tres veces *Santo* es más fuerte que el pecado: esta santidad es su nota determinante. Además, el Espíritu santifica a la Iglesia haciéndola vivir la comunión de las *cosas santas*: la Palabra de Dios, los sacramentos, los carismas, prodigados por su gracia con una gratuidad generosa y exuberante para el bien del cuerpo del Señor. Con estos dones, el Espíritu lleva a cabo una reforma continua de la Iglesia: «Resucita» el pasado, haciendo viva y actual la memoria de los grandes hechos de la historia de la salvación; juzga el presente, ejerciendo un constante discernimiento con su palabra dirigida a las iglesias (cf. Ap 2–3); impulsa adelante al pueblo de Dios, hacia el cumplimiento futuro de la promesa.

La santidad de la Iglesia es una conversión continua, un caminar incesante desde las cosas de antes hacia el sábado sin ocaso, hacia el presente eterno de la comunión trinitaria. Finalmente, el Espíritu Santo santifica a la Iglesia llevando a cabo en ella la comunión de los *santos* (fieles): «Ambos, *con el mismo Espíritu* y por medio de Cristo, tenemos acceso al Padre. De modo que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino *conciudadanos de los santos* y de la familia de Dios [...]. En él [Cristo] vosotros entráis con los demás en una construcción para ser morada de Dios *por medio del Espíritu*» (Ef 2,18-22).

El Espíritu Santo no solo asegura la santidad de la iniciativa divina, sino que sostiene también la santidad de la respuesta humana. La salvación es la comunión entre los santos y la fusión de todos en el fuego de la caridad. El Paráclito hace, efectivamente, que «aquel que vive en la caridad participe en todo el bien que se hace en el mundo» (santo Tomás).

El Espíritu Santo hace *católica* a la Iglesia. Se trata de una catolicidad entendida en sentido extensivo e intensivo. En la primera acepción significa que el Espíritu abre a la Iglesia a la universalidad de las gentes, según el mandato dado por el Resucitado a los apóstoles: «Id a todo el mundo...». Hoy día, la *globalización* y el fenómeno migratorio han llevado a los creyentes a caer en la cuenta de que la misión tiene que desvincularse de los límites geográficos: actualmente se encuentra en los cinco continentes. Por otra parte, hay que reconocer que también en los países evangelizados desde antiguo existen sectores y ambientes ajenos a la fe, porque en ellos los hombres nunca han encontrado dicha fe, y no solo porque se hayan alejado.

Una concepción mal entendida del pluralismo religioso es representada por la deriva del *sincretismo*. Uno se inventa una religión a su medida o, mejor, un «cocktail» religioso propio: un poco de yoga, una pequeña muestra de esoterismo y de magia, una pizca de creencia en la reencarnación..., todo ello mezclado con algún recuerdo del catecismo aprendido durante los años de la infancia y que no ha desaparecido del todo, sino que únicamente ha sido relativizado en una agradable mezcla *a la medida*, destinada ante todo a la satisfacción personal. Es urgente una nueva evangelización.

En un segundo sentido, la catolicidad significa que el Espíritu abre nuestras mentes y nuestros corazones a la totalidad de la verdad, según la promesa del Señor: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (Jn 16,13). Nosotros estamos tentados siempre de dividir el todo y de absolutizar el fragmento. Hay quien considera tan importante el conocimiento de la Sagrada Escritura que resta importancia a la liturgia. Y hay quien reduce todo a la liturgia, llegando a olvidar que antes de que los hombres puedan acceder a ella es preciso que sean evangelizados y se conviertan. Hay quien resalta tanto la dimensión social de la fe cristiana que solo se preocupa de las realidades temporales y penúltimas, hasta el punto de silenciar el anuncio de las realidades últimas. El Espíritu Santo ayuda a la Iglesia a pensar y a actuar «según el todo».

Finalmente, el Espíritu Santo hace *apostólica* a la Iglesia. Jesús no es una idea o un símbolo: es una persona, con una vida concreta, verificable. En virtud del Espíritu Santo, su historia se prolonga en la de la Iglesia, fundada sobre los apóstoles: solo compartiendo su experiencia originaria se puede acceder a la comunión del Padre y del Hijo; solo a través de su mediación, que seguirá hasta el final del mundo, las naciones se convierten en discípulas de Jesús. La Iglesia es apostólica porque, a través de la Escritura y de la Tradición viva, recibe de los apóstoles la doctrina y la experiencia de la fe, los sacramentos de la gracia y el ministerio de los pastores, para ser así fiel a Cristo y tener parte en su vida. El Espíritu es fidelidad y novedad: mantiene a la Iglesia idéntica a sí misma, reconectándola siempre a la experiencia fundacional de los apóstoles mediante la sucesión de los obispos. Pero la fidelidad del Espíritu no es repetición aburrida y mecánica, sino renovación incesante y desarrollo continuo e inagotable. La masa de la memoria se traduce en energía de esperanza. Mientras que la continuidad sustancial de los orígenes se mantiene indefectible, la Iglesia mira hacia delante, hacia el Señor resucitado, futuro del mundo e imperecedera novedad de la historia.

4

La vida en el Espíritu

En Pentecostés se celebraba el aniversario de la alianza y el don de la ley. El profeta Ezequiel había anunciado la garantía más laboriosa de parte de Dios para que sus hijos lograran finalmente mantenerse fieles a la alianza prometida: «Pondré mi Espíritu dentro de vosotros y os haré vivir según mis leyes» (Ez 36,27). El día de Pentecostés se cumple la profecía: el Resucitado, ascendido a la diestra del Padre, derrama su Espíritu. Manantial de la vida nueva, el Espíritu Santo es, en persona, la ley de la alianza nueva y eterna: es la «ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús» (Rom 8,2). «La nueva ley – escribe santo Tomás– es la misma gracia del Espíritu Santo». Y Pablo exhorta: «Si vivimos por el Espíritu, caminemos también según el Espíritu» (Gal 5,25). La vida cristiana es una vida espiritual, en el sentido de que es animada por el Espíritu y orientada hacia la santidad, hacia la perfección de la caridad. En san Ireneo de Lyon encontramos esta significativa expresión: «Todos los que temen a Dios, creen en la venida de su Hijo y por medio de la fe acogen en sus corazones el Espíritu de Dios, merecen ser llamados puros, espirituales y vivientes para Dios, porque tienen el Espíritu del Padre, que purifica al hombre y lo eleva a la vida de Dios».

El Espíritu Santo une a Cristo y nos configura con él, haciéndonos compartir su actitud de obediencia filial al Padre, y hace que brote de nuestro corazón el grito «“Abbá”, Padre!» (Rom 8,15). De hecho, no es posible amar como Cristo nos amó si él mismo no ama en nosotros; es imposible seguirle en el camino de la cruz si él mismo no viene a morar dentro de nosotros.

Al comunicarnos el Espíritu Santo, Cristo entra en nuestra existencia y la vive con nosotros, hasta el punto de que todo cristiano puede decir con Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2,20). Antes del imperativo del mandamiento se encuentra el indicativo de la gracia: Dios nos ha amado antes; por tanto, nosotros debemos amarlo. Este es el evangelio, la buena noticia: somos amados por Dios Padre, que nos persuade interiormente de su amor incondicional e indestructible con el don del Espíritu Santo. Podemos acoger a Dios como Padre y a los demás como hermanos.

La ley nueva no es un fastidioso elenco de preceptos y prohibiciones ni un catálogo de principios grandilocuentes: es una persona, la persona divina del Espíritu Santo. La ley mosaica era exterior a la conciencia: había sido dada desde lo alto de una montaña, como un código que se imponía desde fuera. Con la alianza nueva y eterna, el Espíritu nos hace mirar a Cristo como «forma» de vida: no es un modelo exterior; la ley nueva es interior, se encuentra en el corazón del hombre.

El Espíritu, la intimidad misma de Dios, ha sido derramado en nuestros corazones. La nueva ley está «escrita no con tinta, sino con el Espíritu vivo de Dios; no en tablas de piedra, sino en corazones de carne» (2 Cor 3,3). La ley antigua no comunicaba la fuerza para observarla. La ley nueva, en cambio, inspira actos de amor y obras de bien como un arbusto hace madurar sus frutos: «El fruto del Espíritu es caridad, alegría, paz, paciencia, magnanimidad» (Gal 5,22). Además, la ley nueva es liberadora, porque «donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Cor 3,17). El Espíritu libera al cristiano de las fuerzas adversas y de la debilidad interna. Nos lleva a observar el mandamiento del amor, no por temor al castigo, como ocurre con el esclavo, ni por el atractivo de la recompensa, como es el caso del mercenario, sino por el bien en sí mismo y por el amor de quien lo ordena, como hijos verdaderamente amados.

Del nuevo modo de ser se deduce un nuevo modo de actuar. La vida filial se expresa a través de las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad; energías que permiten comunicarse personalmente con Dios en su santa Iglesia.

Vida de fe y de oración

La Escritura nos sorprende definiendo al Espíritu del Resucitado, casi con abrumadora insistencia, como «Espíritu de la verdad». Es Jesús mismo quien realiza esta conexión: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (Jn 16,13; cf. Jn 14,17; 15,26). A partir de Pentecostés, el santo Paráclito prosigue aún hoy, con incesante e infatigable determinación, conduciendo a la familia de los creyentes a la verdad plena.

Gracias a la luz clara, nunca intermitente u oscurecida, del Espíritu Santo, la Iglesia es constituida como «*columna y sostén de la verdad*» (1 Tim 3,15). La Iglesia no es la dueña y señora de la verdad, sino su servidora; más que poseer la verdad, es poseída por esta. La verdad es el manantial de la vida del pueblo de Dios y su alimento continuo.

A la verdad de Cristo nos adherimos con la virtud de la *fe*. Los Hechos de los Apóstoles relacionan estrechamente Espíritu y fe: Esteban y Bernabé se «llenan de Espíritu y de fe» (Hch 6,5; 11,24). Ciertamente, el núcleo de la fe cristiana es el anuncio de Cristo Señor, pero «nadie puede decir “Jesús es el Señor” si no es movido por el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3).

La actividad fundamental del Espíritu de verdad consiste en suscitar y desarrollar en los cristianos la fe en Jesús, y por eso puede reconocerse la presencia del Espíritu de Dios en nosotros si se reconoce que Jesucristo procede de Dios (cf. 1 Jn 4,2). La fe actúa en el corazón del creyente como una fuerza de resurrección: «Con él habéis resucitado mediante la fe en el poder de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2,12). La salvación obtenida con la resurrección de Jesús no se adquiere únicamente en virtud de la fe, sino en el acto mismo de la fe. De nuevo se nos presenta la unidad de acción entre el Espíritu y Cristo. El Espíritu lleva al hombre a acoger a Cristo por la fe en él, y es acogiendo a Cristo como el creyente se somete a la acción del Espíritu.

El Espíritu nos conduce a la fe, porque «hace a todos dóciles para admitir y creer en la verdad» (Concilio Vaticano I), y la fe nos lleva al Espíritu. En efecto, «nosotros, mediante la fe, recibimos el Espíritu prometido» (Gal 3,14). Y puesto que la fe «actúa por medio de la caridad» (Gal 5,6), y sin la caridad está muerta, se comienza a creer al mismo tiempo en que se comienza a amar. De ahí que diga el apóstol: «Quien no ame al Señor sea maldito» (1 Cor 16,22). Pero la fe permite conocer también el curso subterráneo de la historia, viéndola no como el campo dominado por un azar caprichoso o por un ciego destino, sino como una historia sagrada que el Espíritu del Resucitado fecunda y vivifica continuamente con la energía de la Pascua, haciéndola pasar del reino del pecado y de la muerte al reino de la vida y del amor.

Una expresión fundamental de la fe en el Espíritu Santo es la *oración*. Escribe Pablo: «De este modo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. Aunque no

sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones sabe lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los santos de acuerdo con Dios» (Rom 8,26-27). También para Pablo el Espíritu es el «paráclito», el *av-vocato* («abogado», del latín *ad-vocatus*) que se hace cargo de nuestra debilidad y realiza su labor de apoyo socorriéndonos con su intercesión. Él gime con nosotros y en nosotros, plenamente implicado en nuestros sufrimientos, como si fuera el primer cantor de un coro de gemidos que coincide con el cosmos entero en estado de parto. El Espíritu Santo se convierte en nuestro intérprete ante Dios.

Concretamente, el Espíritu infunde en nosotros la certeza indudable de que somos hijos incondicionalmente amados por el Padre y nos hace compartir la misma oración de Jesús, el cual, tanto cuando «exultaba en el Espíritu Santo» como cuando agonizaba en Getsemaní, se dirigía siempre a Dios llamándolo *Abbá*. También nosotros hemos recibido «el Espíritu que nos hace hijos adoptivos y que nos permite gritar: *Abbá*, Padre» (Rom 8,15). Con respecto al pasaje paralelo de Gal 4,6 («Dios envió a nuestros corazones el espíritu de su Hijo, que grita: *Abbá*, Padre»), en Rom 8,15 Pablo atribuye el «grito» no al Espíritu, sino directamente a nosotros, los cristianos. En cualquier caso –ya sea que el Espíritu «grite» en nosotros o que nosotros oremos por medio de él–, los cristianos, cuando oran, «se conectan en red» con Jesús por obra del Espíritu Santo y no hacen sino prolongar la oración de aquel. Orando «como» Cristo, ellos oran por, con y en Cristo. Esto es lo que significa orar «en el Espíritu» (Ef 6,18; Jds 20).

Vida de esperanza y de alegría

El Espíritu Santo nos hace verdaderamente hijos del Padre celestial, pero la vida filial apenas está en sus comienzos: «Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3,2). Ahora «poseemos las primicias del Espíritu», y por eso «gemimos por dentro aguardando la condición filial, el rescate de nuestro cuerpo. Con esa esperanza nos han salvado» (Rom 8,23s). La esperanza es como un tapiz tejido por la trama del deseo y por la urdimbre de la confianza. La confianza se funda en la fidelidad de Dios a sus promesas, una fidelidad de la que se nos dio una prueba irrefutable con la resurrección de Cristo. El deseo no es otro que el de poder estar con el Señor para siempre. Es el anhelo de alcanzar la vida eterna en la experiencia inmediata de Dios y en la resurrección gloriosa, recibiendo durante la peregrinación todas las ayudas necesarias. La esperanza se mantiene igualmente distante tanto de la presunción como del desánimo. Lucha con audacia contra el mal y cultiva todo germen de bien.

La esperanza que nos lleva adelante, hacia el futuro de Dios, no le es entregada a nuestras frágiles fuerzas: es el don del Espíritu Santo, y es «por (su) poder» como se nos concede «abundar en la esperanza» (Rom 15,13). Si esta esperanza no corre el riesgo de naufragar, como tantas de nuestras ilusiones delirantes, ni conoce la amargura de nuestras pesadillas deprimentes, se debe tan solo a que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo» (Rom 5,5). Con el bautismo tenemos ya «las arras del Espíritu Santo en nuestros corazones» (2 Cor 1,22); estas arras nos aseguran que nuestro futuro definitivo será el mismo de Cristo Jesús.

De hecho, la historia ya ha conocido la revelación del Espíritu como «aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos»; pero también el presente está bajo el signo de su acción incontenible, puesto que habita en nosotros, y en el futuro definitivo «dará la vida» también a nuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). El Espíritu fue «abundantemente derramado (por Dios) sobre nosotros por medio de Jesucristo, nuestro salvador, para que, justificados por su gracia, llegásemos a ser, en esperanza, herederos de la vida eterna» (Tit 3,5-7).

Al comunicarnos la virtud de la esperanza, el Espíritu Santo hace posible vivir la tribulación en la paciencia e incluso en la *alegría* perfecta. Muchos cristianos han experimentado el oxímoron más paradójico que existe: la alegría en el sufrimiento. Por otra parte, el propio Jesús había prometido para el momento en que llegaran los tiempos de la persecución: «Cuando os entreguen, no os preocupéis por lo que vais a decir, pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre por medio de vosotros» (Mt 10,19-20). Así, por ejemplo, los tesalonicenses acogieron la Palabra en medio de grandes pruebas con la alegría del Espíritu Santo (cf. 1 Tes 1,6). San Pablo expresa con toda franqueza: «Estoy lleno de consuelo, desborde de gozo en toda clase de

tribulaciones» (2 Cor 7,4); y en otro pasaje afirma: «Me alegro de padecer por vosotros» (Col 1,24). Tribulación, paciencia y esperanza son los eslabones de la misma cadena que une al creyente con el Espíritu Santo (cf. Rom 5,3-5). La Primera Carta de Pedro anima en los siguientes términos: «Si os insultan por ser cristianos, dichosos vosotros, porque el Espíritu de la gloria, que es *Espíritu de Dios, reposa* en vosotros» (1 Pe 4,14).

La ley del Espíritu es una ley de muerte en el corazón de quienes «son de Cristo» y «han crucificado la carne con sus pasiones y sus deseos» (Gal 5,24). Pero se renueva la experiencia de la muerte y de la resurrección: el Espíritu –simbolizado por el agua de la vida que brota junto con la sangre del costado traspasado del Crucificado– hace de la muerte un nacimiento.

En fidelidad a esta ley, la existencia cristiana se extiende a lo largo de la vida como una peregrinación que va desde el renacimiento del bautismo hasta la plenitud de la vida filial, pasando por la muerte, que para los mártires y los santos es el día del nacimiento último, el *dies natalis*. No un final, sino una vida sin fin. Tal es el prodigio realizado por el Espíritu: vencer a la muerte rompiendo la cadena de la soledad. El cristiano que muere con Cristo no muere solo, sino en comunión con el Señor de la vida y de la muerte.

Vida de caridad y de libertad

Solo quien ha sido amado puede comenzar a amar. El Espíritu, testigo del amor infinito de Dios por nosotros, es el manantial profundo de cada uno de nuestros pasos hacia el amor. Su luz nos asegura interiormente que somos personas amadas por Dios y predispone nuestra libertad para producir los frutos del amor en la paciencia, en la generosidad, en el dominio de sí y en la alegría. San Pablo nos advierte que el amor es la plenitud de la ley: comprende todas las virtudes e integra todos los otros frutos del Espíritu, pues «la caridad es paciente, es amable, no es envidiosa ni fanfarrona, no es orgullosa...» (1 Cor 13,4-7). En la Carta a los Efesios, el mandato del apóstol de hacer que desaparezca todo tipo de falta contra la caridad (aspereza, desprecio, cólera...) y la exhortación a un ejercicio positivo de las actitudes de la caridad (benevolencia, misericordia, perdón...) están directamente vinculados a la recomendación de «no afligir al Espíritu Santo de Dios» (Ef 4,30-32). Leemos en san Agustín: «Pregunta a tu corazón, y si lo encuentras lleno de amor, es que tienes el Espíritu de Dios».

El Espíritu del amor es la raíz y el manantial de nuestra *libertad*: en efecto, «donde está el espíritu del Señor hay libertad» (2 Cor 3,17). Al hombre prisionero de sí mismo le anuncia Pablo con gozo: «No hay condena para los que pertenecen a Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu vivificante, por medio de Cristo Jesús, te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8,1-2). Solo esta inquebrantable certeza permite superar la angustia de una libertad entregada a sí misma, fácil presa de toda esclavitud. Aparece entonces una libertad serena, que sabe que no sucumbirá, porque es la respuesta en la fidelidad invencible del Espíritu, cuyas primicias ya poseemos.

El Espíritu Santo nos libera del *egoísmo*: nos hace entrar en relación con aquel que vivió como hombre totalmente libre y puede darnos su libertad. Los discípulos de Jesús son libres porque tienen como única ley el mandamiento del amor. Son libres porque aman lo que hacen, y solo hacen aquello que aman. El espíritu de Jesús te hace amar a los otros, hasta el punto de que, después de encontrarlos, ellos se hacen más libres, y tú menos esclavo. En el bautismo has sido liberado, porque el Espíritu te ayuda a darte a tus hermanos sin pretender poseerlos. Eres libre cuando amas la libertad de tu prójimo más que la tuya. Y cuando regalas tu libertad a Dios y a los pobres, eres más libre que quien está obligado a emplearla para sí mismo. Eres libre porque, cuando dejas al Espíritu libre para irradiar en ti, entonces solo el amor es capaz de encadenarte.

El Espíritu del Resucitado nos libera del *miedo*: del *miedo a Dios*, porque el Dios de Jesús jamás se arrepentirá de haberme creado libre. Si Dios me busca después de mi extravío, no es para fulminarme, sino para salvarme. Si Dios es Padre fuerte y tierno a la vez, no puedo creer que mi vida esté bajo la amenaza implacable de un Júpiter perennemente enfurecido, sino que entra continuamente en un plan de amor pensado precisamente para mí.

El Espíritu del Señor me libera del *miedo al mundo* hostil a Cristo, de cualesquiera condicionamientos que pretendieran bloquearme con el acomodaticio «¡Es lo que hacen todos!»; me libera de las modas y de las ideologías en boga. El hombre prisionero del miedo es fácil objeto de chantaje: excesivamente preocupado por sí mismo, es incapaz de afrontar la soledad en que a menudo el cristiano tiene que vivir sus ideales.

El Espíritu del Señor me libera del *miedo a mi fragilidad*, porque me hace sentir amado por un Dios pastor que se enternece ante la oveja cansada, enferma, preñada... El espíritu del Señor me libera *en el dolor*, aun cuando no sea liberado *del* dolor. Aun cuando la persona no se vea libre del mal, la voluntad del Padre es siempre liberar del mal a la persona. Aun cuando yo me vea atenazado por la prueba, su voz grita dentro de mí y me dice: estás renaciendo. El Espíritu Santo me libera de la *angustia* del pasado, de la ansiedad del futuro, porque el pasado está bajo el signo de su misericordia, el presente es abrazado por su ternura, y el futuro se encuentra bajo el arco iris de su providencia.

El Espíritu Santo me libera de la angustia de la *muerte*, porque me permite verla como una hermana que pone fin al primer tiempo de la vida y me introduce en el segundo, infinitamente más radiante y feliz, cuando ya no habrá luto, ni dolor, ni llanto, sino paz y alegría en el Espíritu Santo.

¡Ven, Espíritu Santo, ven!

Ven, Espíritu Santo: tú eres el viento de la libertad.

Reconocemos el gran regalo que Jesús nos ha hecho:
vivir como hijos elegidos y amados por el Padre,
no como esclavos ni como huérfanos abandonados.
Pero ¡cuántas veces las sombras del miedo y de la tristeza
amenazan este don, tanto dentro como fuera de nosotros!
Y, sin embargo, en la resurrección del Crucificado
Tú nos revelaste el secreto de la verdadera libertad:
una confianza absoluta, sin reservas ni chantajes,
en el tierno y gratuito amor del Padre.
Pero si esta verdad se oscurece,
nuestra libertad se extravía.
Ven, santo Aliento de Dios,
por la inquebrantable fe de María;
ven, y la tierra te sonreirá.

Ven, Espíritu Santo: tú eres el fuego del amor.

Todas las cosas bellas que creas en el universo
no las retienes para ti, sino que nos las das a todos nosotros.
En la vida de Jesús de Nazaret
nos abres el camino que lleva a la vida.
Y el camino es este:
no vivir egoístamente encerrados y replegados sobre nosotros mismos,
sino, como Jesús, abiertos al Padre y a los hermanos,
sobre todo a los pobres y a los excluidos.
En la Iglesia nos reúnes en comunión
para hacernos artífices de fraternidad y de paz.
Pero si tu fuego no nos calienta,
nuestra caridad se desvanece.
Ven, llama de amor dulce y tenaz,

por la humilde obediencia de María;
ven, y nuestro corazón arderá.

Ven, Espíritu Santo: tú eres el agua de la vida.

Del mar sin fondo y sin orillas
de la omnipotente y misericordiosa Trinidad,
del pecho desgarrado del Traspasado resucitado,
desciende, incontenible río de piedad:
lava suciedades, borra fealdades,
arrastra inercias, riega indiferencias,
sacia soledades y cáusticas amarguras.
Porque si tu gracia no nos recrea,
nuestra humanidad no se renueva.
Ven, fuente de belleza y de bondad;
ven, germen de la alegría perfecta,
por la maternal ternura de María;
ven, y todo desierto florecerá.

Índice

Portada	2
Créditos	3
Introducción	4
1. El acontecimiento del Espíritu	6
La efusión del Espíritu	7
De Pentecostés a la Pascua	11
De la resurrección a la vida terrena de Jesús	14
2. El origen del Espíritu	17
La definición del II Concilio de Constantinopla	18
El Espíritu Santo como amor-don	20
La espiritualidad de comunión	21
3. La obra maestra del Espíritu	23
El Espíritu de la Palabra, de los sacramentos y de los carismas	24
La Iglesia, sacramento del Espíritu	28
4. La vida en el Espíritu	31
Vida de fe y de oración	33
Vida de esperanza y de alegría	35
Vida de caridad y de libertad	37
¡Ven, Espíritu Santo, ven!	39